

Las “dos orillas”. La deslegitimación del PSOE en el discurso comunista (1988-1996)

Emanuele Treglia¹

Recibido el: 8 de septiembre de 2020. / Aceptado: 4 de diciembre de 2020

Resumen. El artículo pretende analizar las estrategias discursivas que, entre 1988 y 1996, fueron utilizadas por los comunistas españoles con la finalidad de deslegitimar el PSOE, entonces en el Gobierno. Bajo el liderazgo de Julio Anguita, el PCE e IU adoptaron una línea de confrontación frontal con los socialistas que quedó sintetizada en la fórmula de las “dos orillas”. Según ésta, los comunistas y sus aliados eran los únicos actores situados en la orilla izquierda. El PSOE, en cambio, se situaba en la orilla derecha, puesto que era portador de un proyecto regresivo en términos de valores, derechos sociales y libertades democráticas. El corpus del artículo examinará estos esquemas retóricos y sus lógicas de fondo, mientras que las conclusiones evidenciarán tanto sus limitaciones como su legado.

Palabras clave: Julio Anguita; Partido Comunista de España (PCE); Izquierda Unida (IU); Partido Socialista Obrero Español (PSOE); Deslegitimación política.

[en] The “two banks”. The delegitimization of the Spanish socialism in the communist discourse (1988-1996)

Abstract. The article aims to analyze the discursive strategies that, between 1988 and 1996, were used by the Spanish communists with the purpose of delegitimizing the Socialist Party, then in government. Under the leadership of Julio Anguita, the PCE and IU carried out a strong opposition against the socialists that was synthesized in the formula of the “two banks”. According to it, the communists and their allies were the only actors located on the left bank. Instead, the Socialist Party was located on the right bank, since it was the promoter of a project that was regressive in terms of civic values, social rights and democratic freedoms. The body of the article will examine these rhetorical schemes and their underlying logics, while the conclusions will highlight both their limitations and their legacy.

Keywords: Julio Anguita; Communist Party of Spain (PCE); United Left (IU); Spanish Socialist Workers' Party (PSOE); Political delegitimization.

Sumario: 1. Introducción. 2. La moderna Santa Alianza. 3. Estado de corrupción y terrorismo de Estado. 4. *Sorpasso* o cataclismo. 5. Conclusiones. Límites y legado de las dos orillas. 6. Bibliografía.

Cómo citar: Treglia, E. (2022) Las “dos orillas”. La deslegitimación del PSOE en el discurso comunista (1988-1996), *Historia y comunicación social* 27(1), 107-117.

1. Introducción

A lo largo del último siglo, desde la Revolución de Octubre de 1917 y la fundación de la III Internacional en 1919, las relaciones entre comunistas y socialistas se han configurado como las de unos “hermanos enemigos” en competición por el liderazgo de una misma familia política (Smith, 2014). Marcadas por una rivalidad de fondo, han sido caracterizadas por constantes desencuentros, recelos mutuos, divergencias y pequeños grandes enfrentamientos.

El presente artículo pretende abordar el fenómeno de la “guerra de las izquierdas” (Gervasoni, 2013) centrándose en el análisis de las estrategias discursivas que, entre 1988 y 1996, fueron utilizadas por el Partido Comunista de España (PCE) –y, consecuentemente, por Izquierda Unida (IU)²– con la finalidad de deslegitimar

¹ Universidad Complutense de Madrid (UCM).

Email: emanutre@uclm.es

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1531-5833>.

El autor agradece sinceramente a Sonia Sánchez Díaz, por las valiosas sugerencias recibidas durante la elaboración del texto.

² Coalición fundada en 1986. Además del PCE, los partidos de ámbito estatal que integraban IU en el periodo aquí estudiado eran el Partido de Acción Socialista e Izquierda Republicana. A éstos se sumaban personalidades independientes. No obstante, al poseer un peso político netamente superior

el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), entonces en el Gobierno. El período abarcado tiene como término *a quo* el ascenso de Julio Anguita a la secretaría general del PCE (1988). Alejándose del enfoque reformista que había sido propio del eurocomunismo (Donofrio, 2018), bajo el liderazgo del “califa rojo” el partido acentuó considerablemente los rasgos antagonistas de su identidad y política, proporcionando renovado énfasis a las retóricas anticapitalistas y antiimperialistas: así, en el escenario de la posguerra fría, llegó a fundamentar su “razón de ser” en una lógica de neta contraposición al “nuevo orden mundial” caracterizado por la expansión del modelo neoliberal (Treglia, 2019; Anguita y Andrade, 2015).

Este viraje a la izquierda conllevó la adopción de una actitud hacia los socialistas profundamente distinta a la que había sido mantenida desde los setenta. A este propósito, hay que considerar que la propuesta de superar la fractura producida en el seno de las izquierdas por la creación de la III Internacional había sido una de las piezas centrales del proyecto eurocomunista. Consecuentemente, durante el tardofranquismo y la Transición el PCE había buscado, aunque con escasos resultados, una estrecha colaboración con el PSOE y había intentado un acercamiento a las fuerzas de la Internacional Socialista (Molinero e Ysàs, 2017). Asimismo, después de la llegada al poder de Felipe González en 1982, había practicado hacia el Gobierno una política de apoyo crítico u oposición moderada, evitando una línea de descalificación radical. En cambio, desde 1988 Anguita -quien en 1989 asumió también la dirección de IU- impulsó una estrategia de confrontación frontal con el PSOE, poniendo en marcha una ofensiva áspera y sistemática contra los ejecutivos socialistas. A los factores de orden puramente ideológico se juntaban razones de oportunidad política: el líder comunista quería que el PCE e IU contribuyesen activamente al progresivo desgaste que iba afectando al partido de gobierno para capitalizarlo electoralmente. Efectivamente, los resultados obtenidos por la coalición fueron experimentando entonces una fase de crecimiento constante que alcanzó su cenit en las elecciones generales de 1996³. Dichos comicios, que cerraron un ciclo político -el PSOE fue superado por el Partido Popular (PP), lo que abrió las puertas de la Moncloa a José María Aznar-, constituyen el término *ad quem* del período aquí estudiado.

En las próximas páginas se examinará un aspecto específico de la actividad de oposición al PSOE desarrollada por el PCE e IU: el de las retóricas deslegitimantes empleadas contra los socialistas en el discurso público comunista. A este propósito cabe mencionar que, en el ámbito de la contienda política, la deslegitimación puede ser definida como un proceso de construcción simbólica del “otro” que no solo aspira a negar su legitimidad para ejercer el poder, sino que tiende también a presentarlo -en términos más o menos radicales- como un enemigo de la *polis* (Cammarano, 2017).

A lo largo del presente artículo se verá que el PCE fue retratando el PSOE como un sujeto político que no poseía ninguna legitimidad: ni la legitimidad de un partido auténticamente de izquierdas -por actuar como cómplice de los poderes fácticos y valedor del neoliberalismo financiero-; ni una legitimidad de orden ético-moral -por promover “contravalores” y ser responsable de un “estado de corrupción”-; ni la legitimidad de ejercicio -por desarrollar unas políticas que estaban generando un escenario catastrófico-; ni una legitimidad plenamente democrática -por adoptar métodos tendencialmente autoritarios-. Se trató, por lo tanto, de una deslegitimación rotunda, que quedó sintetizada en la nota fórmula -basada en la metáfora de un río- de las “dos orillas”. Según ésta, el PSOE se situaba en la orilla derecha, junto al PP, puesto que ambos eran portadores de un proyecto político y cultural sustancialmente análogo: conservador, neoliberal, alienante y regresivo en términos de valores cívicos, derechos sociales y libertades democráticas. IU, única fuerza situada en la orilla izquierda, asumía consecuentemente la tarea salvífica de hacer frente al cataclismo provocado por unos gobiernos, los de Felipe González, que estaban integrados por “una *beautiful people* capaz de todas las degeneraciones posibles”⁴. Finalmente, en las conclusiones se reflexionará tanto sobre las limitaciones de estos esquemas retóricos, como sobre su legado.

2. La moderna Santa Alianza

El 1 de diciembre de 1993, *El País* publicaba una carta abierta dirigida por Julio Anguita a Felipe González. En ella el “califa rojo” sostenía que el líder socialista formaba parte de una “nueva Santa Alianza” que, como la de 1815, estaba integrada por los gobernantes “más reaccionarios de Europa” y tenía como objetivo el acabar con “las ideas liberadoras” que no asumían “esa barbarie consistente en supeditar las sociedades a los instrumentos económicos”. Anguita terminaba el escrito afirmando que González había abrazado los valores conservadores “con la fe del neófito recién convertido”, habiendo experimentado desde 1982 un proceso que le había “permitido, con cierta soltura y ante los atónitos ojos de los trabajadores, cambiar de bando”⁵. Estas

al de los demás miembros, el PCE ostentaba una posición hegemónica en IU. Los comunistas eran mayoritarios en los órganos de dirección de la coalición y ejercían un claro papel dominante en la elaboración de su línea política (Ramiro, 2004).

³ En las elecciones generales celebradas alrededor del período aquí examinado, IU obtuvo: 4,6% de los votos y 7 escaños en 1986; 9% y 17 escaños en 1989; 9,5% y 18 escaños en 1993; 10,5% y 21 escaños en 1996. Con la siguiente convocatoria (2000), en la cual obtuvo el 5,4% y 8 escaños, IU empezó una fase de notable descenso.

⁴ “Entrevista a Anguita”, *El País (EP)*, 24-V-1995.

⁵ Anguita, Julio: “La Santa Alianza”, EP, 1-XII-1993.

palabras ejemplifican claramente lo que constituyó el eje central de los esquemas retóricos empleados por el PCE contra el PSOE a lo largo del período aquí estudiado: el partido de gobierno era acusado repetidamente de traicionar a los ideales emancipatorios propios de las izquierdas, al actuar supuestamente como valedor de aquel nuevo orden internacional que, surgido a raíz de la crisis y colapso del bloque soviético, resultaba caracterizado por la hegemonía de las teorías y prácticas neoliberales (Kotz, 2015; Rupnik, 2014).

Efectivamente, el PSOE en los años ochenta y noventa aparecía como uno de los protagonistas de aquella corriente del socialismo europeo que ha sido definida como “neo-revisionismo”: una corriente que no solo llegaba a asumir de *facto* la vigencia del sistema de libre mercado, renunciando a la superación del horizonte del capitalismo, sino que tachaba de obsoleto el corpus doctrinal de la tradición socialista, reivindicando en su lugar el valor de la “modernidad” (Sassoon, 2010: 730-754; Eley, 2002: 427-428). A este propósito, el historiador y dirigente del PCE Juan Triás escribió en *Nuestra Bandera* que precisamente la noción de modernidad invocada profusamente por los partidos socialistas del Viejo Continente era, en realidad, un espejismo que encubría la “desideologización”, el “abandono del postulado de la lucha de clases” y la adopción de “valores propios del individualismo liberal”, a la vez que servía para presentar “como anacrónicos” “el ideal de igualdad” y la aspiración a la justicia social⁶. En esta óptica, los comunistas realizaban una crítica de fondo del proyecto de modernización de España llevado a cabo por el PSOE desde su llegada al poder. En el “Manifiesto-Convocatoria” difundido por IU con vista a las elecciones generales de 1993, por ejemplo, se afirmaba:

La modernización del país, eje del discurso del cambio, fue en realidad un durísimo proceso de reestructuración económica y política orientado por una lógica [...] que situaba a la llamada clase empresarial y a los tradicionales centros de poder financiero como los auténticos sujetos activos del cambio. [...] El PSOE ha sido extremadamente coherente: si la modernización del país dependía decisivamente de las expectativas y preferencias [...] de los grupos económicos (autóctonos o foráneos dominantes) había que crear las condiciones (políticas, fiscales y laborales) que permitiesen su libre desenvolvimiento, [...] favoreciendo todos aquellos elementos que contribuyeran [...] a incrementar la rentabilidad del capital. No puede extrañar que [...] la precarización del empleo, la dualización del mercado laboral, el recorte de las prestaciones sociales han sido los instrumentos privilegiados de la estrategia económica del PSOE⁷.

Como se puede notar, en el blanco de los ataques formulados por los comunistas estaban las medidas gubernamentales concernientes la promoción del sector financiero, la reconversión industrial, las reformas laborales que acentuaban la precariedad, la línea deflacionista que conllevaba contención salarial y reducción del déficit público mediante privatizaciones, etc. (Kennedy, 2013: 54-88; Gálvez, 2018). Según la lectura del PCE, la que estaba realizando el PSOE podía ser definida como “una política liberal-conservadora, paralela a la de los Gobiernos más conservadores de Europa”⁸: “Una política que ha destinado el incremento de la riqueza nacional a mejorar los beneficios de la banca, de los grandes empresarios [...] y del capital especulativo extranjero, pero no a reducir el paro, elevar sustancialmente los salarios, las pensiones, los servicios públicos”⁹. En otras palabras, se sostenía que el PSOE estaba “legitimando y consolidando las desigualdades sociales”, despreciando “los intereses y derechos de la mayoría” y privilegiando “a los sectores más poderosos”¹⁰.

En 1993, durante el debate sobre los Presupuestos Generales del Estado, Anguita sintetizaba así los elementos esenciales de la actuación gubernamental socialista en el ámbito económico:

Los planes de los señores [Édouard] Balladur, [Carlo Azeglio] Ciampi, [Helmut] Kohl y [Felipe] González, [...] tienen tres líneas de acción comunes: [...] política de privatizaciones que evidencia un proceso de desmantelamiento del sector público, desmontaje de los contenidos más avanzados del llamado Estado del bienestar e intento de culpabilización y debilitamiento de los trabajadores y las organizaciones que los representan¹¹.

La homologación de González a personalidades de derechas que ocupaban entonces los cargos de primeros ministros en Francia, Italia y Alemania, en la estrategia retórica del PCE era funcional para insertar la labor del líder español en un marco más amplio: el de un presunto proyecto que, impulsado a escala transnacional por un bloque de poder sustancialmente oligárquico y reaccionario –la llamada Santa Alianza–¹², tenía como finalidad el imponer sin fisuras en Europa el nuevo orden neoliberal, imprimiendo al proceso de integración continental una orientación profundamente “conservadora en todo lo referente a la cohesión económico-social”¹³. Adoptando

⁶ Triás, Juan: “Modernización y reestructuración capitalista”, *Nuestra Bandera (NB)*, nº145, 1991.

⁷ “Manifiesto-Convocatoria de IU”, *Mundo Obrero (MO)*, nº18, febrero 1993.

⁸ “Entrevista a Julio Anguita”, *MO*, nº605, 21-XI-1990.

⁹ “Resolución sobre el 14-D”, *MO*, nº516, 14-XII-1988.

¹⁰ Archivo Histórico del PCE (AHPCE), I Asamblea de IU, “Propuesta sobre IU”, 1989.

¹¹ “Intervención de Anguita en el Congreso de los Diputados”, *MO*, nº27, noviembre 1993.

¹² AHPCE, sig. 410-2, “Informe al CC”, 31-X-1990.

¹³ Anguita, Julio: “Renegociar Maastricht”, *EP*, 12-VI-1992.

este esquema interpretativo, en 1992 el PCE e IU -o por lo menos sus sectores mayoritarios- rechazaron el Tratado de la Unión Europea (Forner y Senante, 2019; VV.AA., 1992). Asimismo, los comunistas se opusieron al Plan de Convergencia que, puesto en marcha por el Gobierno español en la primavera del mismo año, amparándose en los criterios de Maastricht suponía ulteriores recortes de gastos sociales y privatizaciones de empresas públicas. Según el PCE, el ejecutivo de González replanteaba completamente, casi anulándolo, el papel del Estado en la economía con el objetivo de potenciar “el excedente empresarial”, lo que significaba “la aceptación plena de la política de la CEOE”¹⁴.

A este propósito cabe destacar que los comunistas consideraban que los dirigentes del PSOE y sus aliados europeos, tanto mediante su praxis política como a través de su discurso, estaban promoviendo unos “contravalores” que iban “horadando la confianza de la sociedad en ella misma y en los poderes públicos”: “Lo colectivo, lo común, –declaraba Anguita– es representado como un estorbo. [...] Se elevan, por vía de la apología y por vía del ejemplo, el mundo del negocio fácil, la inversión rentable a corto plazo y los beneficios obtenidos por la especulación”. Unas declaraciones de Carlos Solchaga, en las que el entonces ministro de Economía había denunciado el “parasitismo” generado por ciertas políticas sociales, para el “califa rojo” constituían una prueba evidente de esta actitud¹⁵.

En la misma línea, la deslegitimación de los gobiernos de González por parte del PCE hacía hincapié en los supuestos rasgos alienantes inherentes al prototipo de sociedad que pretendía construir el PSOE, que ensalzaba como “modelo a seguir [...] el del yuppie que monta una oficina con secretaria, fax y teléfono y se dedica a enriquecerse”. En un mitin electoral celebrado en Córdoba en 1989, Anguita afirmó que, desde un punto de vista emancipatorio, la modernidad invocada por los socialistas en realidad no era “más que involución”:

La economía sumergida, las horas extras, trabajar mucho con tal de disfrutar luego del video y del cubata. Esto es la vuelta atrás. Ese es el modelo de sociedad hibernada con las aspirinas que le suministran los programas que entontecen al respetable. [...] La cultura de la salchicha, del bocadillo, del ‘consume y tire’. Eso es la modernidad¹⁶.

Conforme a este enfoque, el “Manifiesto para la izquierda” aprobado por el PCE en 1991 declaraba en términos catastrofistas: “Ahora más que antes el proceso de mercantilización universal y el fetichismo de la mercancía inherentes al capitalismo apuntan hacia la barbarie”¹⁷.

En base al análisis efectuado hasta ahora, se puede observar cómo durante el liderazgo de Anguita el PCE, al mismo tiempo que acentuaba los tonos anticapitalistas y reavivaba esquemas interpretativos impregnados del imaginario de la lucha de clases (Treglia, 2019), empleaba una retórica que contenía claras reminiscencias del “socialfascismo”. Efectivamente, la deslegitimación de González en cuanto miembro de la Santa Alianza era substancialmente equivalente a la caracterización que los comunistas hacían del PSOE ya en 1932, cuando lo definían como “el principal apoyo y la principal organización de la contrarrevolución burguesa”, que maniobraba para que el poder siguiese “bajo la égida del capital financiero” (PCE, 1932; Cruz, 1987). No por casualidad, en *Mundo Obrero* en 1990 se escribía que la socialdemocracia seguía protegiendo, como había hecho a lo largo de toda su trayectoria, “los mecanismos más profundos del sistema de explotación”¹⁸.

Siempre en el marco discursivo del “socialfascismo”, en los años treinta el PCE sostenía también que “los jefes reaccionarios del Partido Socialista Obrero Español, lo mismo que los de la Segunda Internacional”, se habían “puesto incondicionalmente a la orden del imperialismo”¹⁹. En el período aquí estudiado los comunistas utilizaban un planteamiento prácticamente análogo, acusando al partido de González de actuar como un vasallo de los designios imperialistas de EEUU. El PCE criticó ásperamente, por ejemplo, el hecho de que España proporcionase apoyo logístico a las tropas estadounidenses en la Guerra del Golfo (1990-1991). En *Mundo Obrero* se afirmaba que así el gobierno socialista no solo confirmaba su “actitud sumisa y subsidiaria” respecto a Washington²⁰ -demostrada ya por su postura favorable a la permanencia en la OTAN-, sino que se convertía en “cómplice de un genocidio”²¹. En el Congreso de los Diputados, Anguita explicaba de la siguiente manera la razón de fondo que había empujado el PSOE a abrazar la “lógica de guerra”: “El móvil es el que viene guiando la política del señor González: engancharse, aunque sea de manera subalterna o gregaria, a cualquier política, la que sea, con tal de figurar en la foto con las grandes potencias”²².

Los rasgos principales atribuidos a la cúpula del PSOE por el PCE mediante las fórmulas de deslegitimación que se han visto hasta ahora, quedaban eficazmente sintetizados por Anguita en una entrevista publicada en

¹⁴ Fundación 10 de Marzo, Archivo S. Álvarez, caja 27, “Algunos elementos de la situación internacional”, 1992.

¹⁵ AHPCE, III Asamblea de IU, “Informe de gestión”, 1992; “Solchaga justifica el recorte del desempleo”, *EP*, 7-IV-1992.

¹⁶ “Levántate y piensa”, *MO*, n°556, 25-X-1989.

¹⁷ AHPCE, XIII Congreso, “Manifiesto del PCE para la izquierda”, diciembre 1991.

¹⁸ Ballester, Manuel: “Comunismo crítico contra socialdemocracia”, *MO*, n°587, 13-VI-1990.

¹⁹ AHPCE, Documentos PCE, carp. 20, “España y la guerra imperialista”, 1939.

²⁰ “Un bloque por la paz”, *MO*, n°615, 06-II-1991.

²¹ “USA mata desde España”, *MO*, n°616, 13-II-1991.

²² *Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados (DSCD)*, 5-III-1991, p. 4507.

1995. En ella, el “califa rojo” recurría a unos tonos que parecían los de un epitafio político y trazaba el siguiente retrato de Felipe González:

Un hombre aupado por los intereses extranjeros, de otras potencias, de otras clases sociales. En la medida en que se desprendía de la ideología de izquierda, le imponían medallas, y se creyó que era un super hombre, cuando sólo era un indigente que estaba vendiendo al sacrificio de enteras generaciones de socialistas y comunistas²³.

3. Estado de corrupción y terrorismo de Estado

En la primavera de 1990 salía a la luz un manifiesto elaborado para IU por Manuel Vázquez Montalbán. El noto escritor afirmaba que en la ciudadanía no solo se estaba difundiendo la idea de que se vivía “en pleno *estado de corrupción*, como en el pasado” se habían vivido “frecuentemente estados de sitio o de excepción”, sino que estaba cundiendo también “la sospecha” de que ese “estado de corrupción” fuese algo “connatural con la política democrática y sus privilegiados intermediarios: los políticos profesionales”. El “padre” de Pepe Carvalho advertía: “Lo que está en juego es [...] la confianza social ante la maquinaria democrática y ante la democracia misma”²⁴.

Dicho manifiesto había sido redactado a raíz de una serie de escándalos que habían visto implicados en los meses anteriores a exponentes del Partido Popular (PP), de Convergència i Unió (CiU) y –lo que es relevante para el objeto de este artículo– del PSOE. En particular, a principios de aquel año había estallado un caso protagonizado por Juan Guerra. Éste, hermano de Alfonso Guerra –entonces vicepresidente del Gobierno– y su asistente en Sevilla, había sido acusado de practicar tráfico de influencias, “mordidas”, usurpación de funciones, etc. En enero de 1990, un editorial publicado en *Mundo Obrero* observaba a este propósito: “El PSOE parece recorrer la senda del PRI mejicano o de la DC italiana: partidos hegemónicos que se convierten en ‘maquinarias de poder’: caldo perfecto para el desarrollo de la corrupción institucionalizada”²⁵. En el mismo número del órgano del PCE, Pablo Del Río hablaba de “un cierto olor a podrido”, y sostenía que el PSOE se estaba configurando como un “nuevo Movimiento Nacional”, al haber estructurado un turbio entramado de poder del cual el caso Guerra era solo la punta del iceberg: “El tráfico de influencias del que se ha valido el hermano del vicepresidente para hacer fortuna es sólo un caso más de los centenares, millares de casos de amiguismo que han proliferado bajo el mandato del movimiento socialista”²⁶. Siempre en 1990, con ocasión de las elecciones al Parlamento de Andalucía, Luis Carlos Rejón –candidato de IU– afirmaba que el caso Guerra era la prueba de que el dominio del PSOE en la región se basaba en un modelo “de tipo clientelar”, parecido al “del mezzogiorno italiano”: un “mecanismo de vinculación de tipo directo, alimentado directamente con fondos subsidiarios públicos”²⁷.

Se trataba solo del principio. En los años siguientes, en efecto, se multiplicaron exponencialmente los escándalos protagonizados por personalidades vinculadas al partido de González y al sistema de poder socialista –casos Filesa, Ibercorp, Roldán, etc.– (Nieto, 1997; Heywood, 1997), lo que evidenció a los ojos de la opinión pública que “bajo los gobiernos del PSOE la corrupción había alcanzado proporciones epidémicas” (Powell, 2001: 530). Así, la descripción del PSOE como partido “corrupto y corruptor” se configuró como otra pieza clave de los esquemas de deslegitimación desarrollados por el PCE e IU. Según el discurso comunista, directa o indirectamente González era responsable de todos los escándalos que salían a la luz, porque éstos en definitiva tenían su “caldo de cultivo” en los contravalores asociados a la línea “ultraliberal” y a la “cultura del pelotazo” que había alentado la cúpula socialista²⁸. En un mitin celebrado en Murcia en 1994, por ejemplo, Anguita dijo que la política económica del gobierno, al haber privilegiado el sector financiero, había sentado “las piedras de la corrupción”: “La política económica actual –afirmó– es la corrupción misma y, a partir de ahí, nacen las otras corrupciones en la política y en la empresa privada”²⁹.

En enero de 1995, *Mundo Obrero* hablaba de una crisis de régimen “de gran envergadura”, y relataba algunos de los casos más reveladores en los siguientes términos:

Ya es demasiado. Este país ha tenido que [...] sufrir suficientes tropelías. [...] Un gobernador del Banco de España [Mariano Rubio] que predicaba a los cuatro vientos la necesidad de austeridad salarial y a la vez trapicheaba en bolsa para aumentar su fortuna personal con métodos espúreos. El director general de la Guardia Civil [Luis Roldán] que robaba miserablemente el dinero de los huérfanos de los guardias civiles fallecidos en acto de servicio y contrataba obras para su beneficio particular. [...] De la Rosa y Mario Conde, admiradísimos

²³ “Entrevista a Julio Anguita”, *MO*, n°41, enero 1995.

²⁴ “Estado de corrupción”, *MO*, n°587, 13-VI-1990.

²⁵ “Tráfico de influencias”, *MO*, n°566, 17-I-1990.

²⁶ Del Río, Pablo: “La importancia de llamarse Guerra”, *MO*, n°566, 17-I-1990.

²⁷ Rejón, Luis C.: “Las terceras autonómicas andaluzas”, *NB*, n°146, 1990.

²⁸ “Roldán, Rubio y De la Concha son hijos del líder socialista”, *EP*, 8-V-1994.

²⁹ “Anguita dice que la política económica es la encarnación de la corrupción”, *EP*, 22-V-1994.

superfinancieros, considerados por el poder político como ejemplos a seguir [...], se convierten de la noche a la mañana en vulgares ladrones.

El mismo artículo subrayaba la urgencia de las dimisiones de González, quien se estaba convirtiendo en “un auténtico peligro para la democracia”³⁰. Esta última afirmación hacía referencia no solo a las corruptelas, sino también a otros asuntos sombríos que, según los comunistas, demostraban que la actividad de los ejecutivos socialistas se situaba “en lo PARACONSTITUCIONAL”³¹. El PCE hacía hincapié especialmente en el caso de los Grupos Antiterroristas de Liberación (GAL), que desde finales de los ochenta fue erosionando significativamente la imagen y credibilidad de los gobiernos del PSOE (Woodworth, 2001). Anguita sostuvo reiteradamente que, “por acción u omisión consciente”, González era el “señor X” —el vértice del organigrama de los GAL— y estaba “implicado en un caso de terrorismo de Estado”. El “califa rojo” consideraba por lo tanto que el líder socialista estaba “pervirtiendo el concepto de democracia”: “¿Pero qué clase de enloquecimiento —declaró en 1995—, qué clase de enajenación sufre este hombre para ligar el concepto y la palabra democracia al mantenimiento de su función de presidente de desgobierno?”³².

Asimismo, según los comunistas el asunto de la guerra sucia contra ETA constituía una prueba de que González, una vez llegado al Gobierno en 1982, “pactó con los restos que quedaban de franquismo”³³: “con lo peor del franquismo sociológico, manifestado en formas culturales, en concepciones de poder”³⁴. Ese pacto, como dijo Anguita en la fiesta del PCE en 1995, hizo que en España se consolidara “un doble Estado”: “Aquel que se forma al margen del Derecho y de las instituciones y que se sustenta en una tela de araña en la que se entrecruzan intereses financieros, [...] clientelismo, impunidad y aparatos del Estado fuera del control de las instituciones democráticas”³⁵. Siempre comentando el caso de los GAL, aquel mismo año Felipe Alcaraz —secretario general del PC de Andalucía— describió González como “el gran Maquiavelo de la razón de estado”: “esa razón que le” había “llevado muy lejos por el camino [...] del hiperliderazgo incontrolado”, hasta el punto de abrazar “esa concepción antidemocrática”, de procedencia franquista, según la cual “España y el Estado” estaban “por encima de todo, incluso del Estado de Derecho”³⁶. Ya en 1989, argumentando su voto contrario a la investidura de González, a este propósito Anguita había advertido: “Cuando el Partido se hace Estado y razón de Estado, funcionan las cañerías”³⁷.

En este marco retórico, y enlazando con el concepto de la moderna Santa Alianza, los comunistas sostenían que la cúpula del PSOE, al haber estrechado sólidos vínculos con las oligarquías y los poderes fácticos nacionales y extranjeros, se había erguido como una nueva “casta”³⁸ que ejercía una influencia determinante tanto en los núcleos neurálgicos del aparato del Estado, como en las esferas clave de la sociedad —por ejemplo los medios de comunicación—³⁹. Los efectos perjudiciales de estas dinámicas a nivel sistémico eran así desdibujados por el PCE:

La corrupción, el déficit estructural de mecanismos de control del Ejecutivo, la creciente concentración del poder económico, mediático y financiero está generando graves procesos de involución [...] en los hábitos y costumbres democráticos. [...] Lo que se consolida no es otra cosa que viejas y nuevas formas del ‘doble Estado’ que convierten a la democracia en algo meramente formal⁴⁰.

4. Sorpasso o cataclismo

En febrero de 1993, en una conferencia tenida en el Club Siglo XXI, Anguita presentó públicamente por primera vez la fórmula de las “dos orillas”. Criticó ásperamente el discurso mediático tendente a “llevar al ánimo de la sociedad española que el duelo González-Aznar” constituía “la quintaesencia del enfrentamiento de dos proyectos [...] radicalmente diferentes: la derecha y la izquierda”. Tildó esta “supuesta diferencia” como una “falacia”, afirmando que las líneas maestras de las políticas de PSOE y PP eran, en realidad, sustancialmente equivalentes:

El Sr. Aznar habla de una privatización en profundidad. El Sr. González la lleva a cabo. El Sr. Aznar enraíza su discurso en una paladina profesión de fe en el liberalismo económico. El Sr. González viene aplicando el

³⁰ “La crisis de un régimen”, *MO*, nº41, enero 1995.

³¹ “Intervención de Anguita en el CF”, *MO*, nº40, diciembre 1994.

³² “Anguita dice que González es el señor X”, *EP*, 11-I-1995.

³³ “Entrevista a Anguita”, *EP*, 25-II-1995.

³⁴ “Entrevista a Anguita”, *MO*, nº41, enero 1995.

³⁵ “Una victoria de Aznar traerá la continuidad de la política de González”, *EP*, 17-IX-1995.

³⁶ Alcaraz, Felipe: “Antes y después del GAL”, *MO*, nº43, marzo 1995.

³⁷ *DSCD*, 5-XII-1989, p. 76.

³⁸ “Los intocables”, *MO*, nº627, 8-V-1991.

³⁹ “Informe de Anguita al CF del PCE”, *MO*, nº35, julio-agosto 1994.

⁴⁰ “Resolución del CF del PCE”, *MO*, nº39, noviembre 1994.

liberalismo económico desde 1982. [...] No estamos ante dos proyectos distintos, sino ante dos actores que aspiran a representar el mismo proyecto y recibir el apoyo de los mismos sectores. Naturalmente hay matices entre ambos, pero unos matices [...] a la hora de defender el mismo discurso: firme el de Aznar, sin complejos. Ambiguo, zigzagueante y con fraseología confusa el de González⁴¹.

Según este enfoque, el tendencial bipartidismo PSOE-PP representaba una renovada versión del turno de “la época de Cánovas y Sagasta”⁴², siendo “algo querido por un sistema” que gracias a ello podía “gobernar con su mano derecha o con su mano izquierda [...] dentro de un [mismo] orden”⁴³. En otras palabras, el PCE aseguraba que los dos partidos mayoritarios eran “las dos caras de una misma moneda” y “las dos columnas fundamentales” que sostenían “el mausoleo del capitalismo español”. En este marco discursivo, se subrayaba que, al estar tanto el PSOE como el PP en la “orilla derecha”, la competición entre ellos podía producir solamente una “alternancia” en el poder: una alternancia que resultaba fútil e insustancial, puesto que de ninguna manera implicaba el proporcionar a la ciudadanía una “Alternativa real” que permitiera salir de un camino que estaba conduciendo “a la pérdida de democracia”. Como corolario, los comunistas consideraban que exclusivamente IU, en cuanto única fuerza en la “orilla izquierda”, estaba legitimada y capacitada para materializar dicha alternativa y llevar a cabo una “regeneración” política y social⁴⁴.

Se rechazaba rotundamente, por lo tanto, la perspectiva de una colaboración de amplio alcance con el partido de gobierno, más allá de eventuales acuerdos a nivel local. En la IV Asamblea de IU (1994), por ejemplo, en nombre del sector mayoritario de la coalición Manuel Monereo –responsable de Debate Teórico del PCE– dijo:

Seguir pensando en establecer alianzas políticas con el PSOE significa negar la evidencia histórica y adoptar una fracasada subalternidad política y cultural. [...] Hace falta derrotar política y culturalmente el proyecto que hoy organiza y vertebra el Gobierno del PSOE, y éste es el objetivo central de la presente etapa⁴⁵.

En este sentido, Anguita incitaba a concentrar las críticas y ataques principalmente contra el PSOE, despreocupándose de momento del PP porque, si bien “el señor Aznar” era “la derecha en expectativa de gobernar”, “el señor González” encarnaba “la política de derechas realmente existente” y “realmente gobernante”⁴⁶. Siguiendo esta lógica, a raíz de las elecciones generales de 1993 IU negó el apoyo de sus 18 parlamentarios a un PSOE que se había quedado por debajo de la mayoría absoluta –159 diputados– y que, para conseguir la investidura de González, tuvo que llegar entonces a acuerdos con CiU y Partido Nacionalista Vasco. Tanto en aquel momento como en los tres años siguientes, Anguita insistió en que un pacto IU-PSOE podía hacerse solo sobre la base de un programa de izquierdas que incluyera, entre otras cosas, el abandono del proyecto de Maastricht y, posiblemente, la sustitución de González al frente del ejecutivo: unas condiciones que para los socialistas resultaban inasumibles, considerando también la notable disparidad de fuerza entre los dos partidos.

La fórmula de las “dos orillas” se completaba con la de los “dos PSOE”⁴⁷: ésta consistía en diferenciar un PSOE neoliberal y corrupto, representado por su aparato y cúpula dirigente, de otro honrado y genuinamente progresista, personificado por sus militantes y los sectores críticos con el llamado “felipismo” –por ejemplo, Izquierda Socialista o el ugetismo liderado por Nicolás Redondo (León, 2018)–. Este planteamiento aspiraba a agudizar las disidencias en el seno del partido de González y, sobre todo, a atraer hacia IU una porción significativa de los votantes socialistas que se mostraban desencantados con la labor gubernamental. En este sentido, durante la campaña electoral de 1989 Anguita dijo a las bases del PSOE: “Nosotros no hacemos antisocialismo. [...] Eso lo hace vuestro Gobierno, vuestros dirigentes del PSOE”⁴⁸. Cabe mencionar que se trataba de un esquema retórico sustancialmente análogo al utilizado por el PCE ya a principios de los treinta, cuando se exhortaba a las bases socialistas para que rechazasen el “socialfascismo” de sus líderes, juntándose con los comunistas en un “frente único desde abajo” auténticamente revolucionario (Bizcarrondo y Elorza, 1999: 254).

Asimismo, hay que destacar que, en este marco discursivo, la descripción con tintes apocalípticos del escenario generado por el “felipismo” era funcional a la presentación de PCE e IU en una perspectiva salvífica y milenarista. En 1993, por ejemplo, Anguita proclamó:

⁴¹ “Conferencia de Anguita en el Club Siglo XXI”, *MO*, nº18, febrero 1993.

⁴² “Informe en el CF del PCE”, *MO*, nº19, marzo 1993.

⁴³ Espuny, Leopoldo: “FG+TV=2R”, *MO*, nº22, junio 1993.

⁴⁴ “Convocatoria por la regeneración”, *MO*, nº18, febrero 1993.

⁴⁵ “La asamblea de Izquierda Unida declara al PSOE enemigo a batir”, *EP*, 11-XII-1994.

⁴⁶ “Entrevista a Anguita”, *EP*, 11-IX-1994.

⁴⁷ “Las nuevas orillas de Anguita”, *EP*, 22-II-1996.

⁴⁸ “Levántate y piensa”, *MO*, nº556, 25-X-1989.

Es posible impedir que España se transforme en un cementerio en el que [...] se vayan inhumando y enterrando [...] los rasgos definitorios de un Estado [...] democrático de Derecho. [...] Es evitable que la sociedad española se transforme [...] en un páramo en el que sólo arraiguen la insolidaridad, [...] la cultura del pelotazo, la complicidad pasiva ante la corrupción. [...] Es evitable [...] que el ‘felipismo’ consolide una situación gris e inerte.

Consecuentemente, para prevenir la catástrofe, el “califa rojo” llamó a la “rebeldía” contra la lógica “darwinista” y los “contravalores” alienantes propios de la modernidad ensalzada por el PSOE, en nombre de la realización de “la plena libertad y la plena democracia”⁴⁹. Utilizando este esquema argumental, en numerosas otras ocasiones Anguita subrayó que el proyecto comunista, en cuanto “apuesta por una sociedad de plena emancipación humana” que suponía “la culminación y la superación de todos los derechos humanos”⁵⁰, constituía la única alternativa frente al “cataclismo”⁵¹. Estos planteamientos, que contenían una clara dimensión utópica, se acompañaban a la constante reivindicación de la radical alteridad -en términos tanto políticos como éticos- del PCE e IU con respecto no solo a los demás partidos, sino también al conjunto de los rasgos culturales y morales que caracterizaban las sociedades occidentales a finales del siglo XX. De hecho, en la campaña de las elecciones locales de 1991 se adoptó por ejemplo el lema “IU tiene otro valor”⁵², y en 1995 Anguita llegó a decir: “Nosotros no somos de esta sociedad. Hemos nacido en ella, pero no somos de ella”⁵³.

Actitudes y tonos de este tipo hicieron que muchos observadores calificaran el discurso del líder comunista como “mesiánico”. En *El País*, por ejemplo, se escribió que el “califa rojo” se situaba en un “papel a caballo entre el misticismo y el fuego purificador”: “Es lo más parecido, en laico, a los padres redentoristas que prometían en Cuaresma la salvación eterna, amenazando con el más cruel infierno”⁵⁴. Esta fuerte carga milenarista servía, entre otras cosas, para galvanizar la militancia⁵⁵, movilizándola en una épica lucha frente al apocalipsis y evitando así que cediera a la desmoralización en un momento en el que la cultura política comunista, tras el colapso soviético, sufría una grave crisis.

La tensión utópica que caracterizaba el proyecto de Anguita conllevaba un impulso voluntarista que se concretó en la búsqueda del llamado *sorpasso* -la pretensión de que IU superase electoralmente al PSOE-. La consecución de este objetivo habría debido constituir, evidentemente, la culminación de la labor de deslegitimación del partido de González llevada a cabo por los comunistas. Ya en el verano de 1988, pocos meses después de ser elegido secretario general del PCE, Anguita restaba importancia a la tajante correlación de fuerzas existente entonces -7 diputados IU; 184 el PSOE- y afirmaba: “Si este Partido se cree que es alternativa, este Partido es alternativa”⁵⁶. Asimismo, a principios del año siguiente proclamaba: “Psíquicamente ya me siento presidente del Gobierno”⁵⁷. La consigna del *sorpasso* propiamente dicho, de todas formas, fue lanzada solo en 1994, a raíz de las elecciones andaluzas y europeas, que registraron un crecimiento de IU y un descenso del PSOE. Entre las dos organizaciones seguía habiendo en realidad una brecha muy considerable⁵⁸ pero, aun así, los comunistas no hesitaban en declarar que se había “puesto la primera piedra”⁵⁹ del camino hacia el *sorpasso*: “Este resultado electoral -sostenía una resolución del PCE- significa un salto cualitativo en la configuración y despegue de IU como proyecto hegemónico de la izquierda española”⁶⁰.

5. Conclusiones. Límites y legado de las dos orillas

El *sorpasso* nunca se produjo, ni estuvo a punto de producirse. En las elecciones generales de 1996 el PP se afirmó como primera fuerza -156 diputados-, seguido por el PSOE -141 escaños-, que tuvo que pasar a la oposición: el “felipismo” había llegado así a su fin. IU, aunque obtuvo un resultado -21 diputados- que representaba una mejoría con respecto a la convocatoria de 1993 -cuando había obtenido 18-, se quedó a considerable distancia de los dos partidos mayoritarios. En aquella ocasión se manifestaron claramente, por lo tanto, los límites de la dinámica de confrontación frontal con el partido de González promovida por Anguita desde 1988. La estrategia retórica consistente en deslegitimar radicalmente el PSOE en cuanto

⁴⁹ “El PCE llama a la rebeldía”, *MO*, n°26, octubre 1993.

⁵⁰ Anguita, Julio: “Izquierda Unida: la apuesta de los comunistas españoles”, *Nuestra Bandera*, n°145, 1990.

⁵¹ “Discurso de Julio Anguita en la Fiesta del PCE”, *MO*, n°2, octubre 1991.

⁵² “Otro valor”, *MO*, n°624, 17-IV-1991.

⁵³ “Anguita rechazará de forma razonada la moción de censura”, *EP*, 22-I-1995.

⁵⁴ “Los poderes de Anguita”, *EP*, 3-VII-1995.

⁵⁵ El milenarismo, como ha evidenciado Pellicani (1979), ha sido un elemento consustancial al discurso y praxis del movimiento comunista desde sus orígenes.

⁵⁶ “Entrevista a Anguita”, *MO*, n°496, 29-VI-1988.

⁵⁷ “IU lanza la alternativa”, *MO*, n°525, 15-II-1989.

⁵⁸ En Andalucía, IU obtuvo el 19,3% de los votos y el PSOE el 39%. En las europeas, IU el 13,4% y el PSOE el 30,8%.

⁵⁹ “Declaración de la Presidencia de IU”, *MO*, n°35, julio-agosto 1994.

⁶⁰ “Resolución del CF del PCE”, *MO*, n°35, julio-agosto 1994.

fuerza de derechas, traidora de los ideales emancipatorios, corrupta y tendencialmente antidemocrática, había logrado solo parcialmente su objetivo de atraer hacia IU una porción significativa de los votantes de izquierdas decepcionados con la labor gubernamental socialista: efectivamente, si por un lado la coalición liderada por los comunistas había experimentado a lo largo del período aquí estudiado un crecimiento electoral constante, por el otro era evidente que dicho crecimiento se había dado en una proporción muy inferior a la esperada por Anguita.

Analizando las razones que habían frustrado la consecución de apoyos más extensos, tras las elecciones de 1996 la propia Presidencia Federal de IU reconoció que durante la campaña “el lenguaje utilizado” había “sido a veces duro y, por tanto, [había] distanciado a grupos y colectivos de posibles votantes”⁶¹. A este propósito hay que tener en cuenta que, en un contexto caracterizado por la avanzada del PP, el grueso del electorado de izquierdas consideraba prioritario cerrar el paso a José María Aznar y, consecuentemente, no estaba dispuesto a compartir el enfoque de las “dos orillas” según el cual, en cambio, el principal enemigo a batir era la “derecha realmente existente” encarnada por González (Ruiz, 2007). En este sentido cabe suponer también que los tonos apocalípticos acababan restando parte de credibilidad al discurso comunista de cara a la opinión pública. En efecto, los esquemas retóricos desarrollados por Anguita, si bien ponían en evidencia ciertas sombras y contradicciones reales de la gestión socialista –piénsese en la corrupción–, en muchos aspectos no dejaban de describir la situación española a través de un prisma distorsionado o sesgado: soslayaban por ejemplo el hecho de que el Estado de bienestar, aunque entre avances y retrocesos, bajo los gobiernos del PSOE había experimentado en su conjunto un proceso de extensión y consolidación (Rodríguez, 2013). Además, hay que considerar que los votantes progresistas se mostraban ampliamente a favor del establecimiento de una colaboración IU-PSOE en función anti-PP⁶²: una perspectiva que quedaba descartada por Anguita. Así, estos elementos contribuyeron a que, en 1996, los electores de izquierdas optaran en su gran mayoría por el “voto útil” al PSOE.

La línea de oposición frontal a los gobiernos socialistas impulsada por Anguita desde 1988 se enmarcó en un más general viraje a la izquierda que, alejándose del talante reformista propio de la etapa eurocomunista, acentuó los tonos anticapitalistas y los rasgos antagonistas de la identidad del PCE. A lo largo del período aquí estudiado, esta orientación contó con un apoyo mayoritario dentro del partido y, por consiguiente, dentro de IU –dada la hegemonía ejercida por los comunistas en la coalición–. Sin embargo, hay que subrayar que suscitó también constantes críticas por parte de personalidades y sectores que reivindicaban la necesidad de entablar con el PSOE una relación constructiva, abandonando las lógicas de deslegitimación radical. En 1990, por ejemplo, Fernando Pérez Royo –entonces miembro del PCE y eurodiputado por IU– señalaba que resultaba “imprescindible un programa realista que” favoreciera “la política de alianzas” con los socialistas. En este sentido afirmaba: “Para lograr un entendimiento con el PSOE lo primero que hay que hacer es cambiar el clima de la política de descalificaciones y después emprender una aproximación. Hay que intensificar puntos de encuentro en los que nos podamos entender”⁶³. Entre 1989 y 1991, invocando “una práctica política reformista”⁶⁴, el mismo Pérez Royo insistió repetidamente en que el discurso de Anguita no solo pecaba de “catastrofismo” en sus análisis acerca de la política socialista, sino que faltaba de “credibilidad” cuando, con ni siquiera el 10% de los votos, pretendía presentar IU como “alternativa de Estado, de gobierno y de modelo de sociedad”⁶⁵.

En las filas comunistas, estas disputas sobre qué tipo de relaciones entretener con el PSOE se insertaron, a finales de los ochenta y principios de los noventa, en el debate más general sobre la oportunidad de la disolución o continuidad del PCE a raíz de la crisis y desaparición del sistema soviético (Treglia, 2020). Los llamados “renovadores”, propensos tanto a un acercamiento a los socialistas como al abandono de la identidad comunista, resultaron minoritarios en el XIII Congreso del partido celebrado en diciembre de 1991. Tras este resultado, en su práctica totalidad fueron saliendo del PCE. Si varios dejaron la política y algunos ingresaron en el PSOE, otros impulsaron la configuración, en el seno de IU, de la corriente Nueva Izquierda (NI) (Paniagua y Ramiro, 2003). Ésta, surgida en la primavera de 1992, fue desarrollando una labor caracterizada por la búsqueda de puentes entre Izquierda Unida y el PSOE, intentando contrarrestar los planteamientos de Anguita. El líder de NI Nicolás Sartorius, quien había sido uno de los máximos exponentes del eurocomunismo, tildaba la línea del “califa rojo” de “desvarío radical” y de “paleocomunismo”, sosteniendo que hacía ganar a IU “sólo el apoyo del izquierdismo marginal”. En este sentido, en 1994 Sartorius vaticinaba: “Si en el futuro IU, con la política que está haciendo, llega al 15% del electorado, diré que me he equivocado. Si IU se queda estancada o retrocede, evidentemente quien se queda estancado o retrocede tendrá que sacar las consecuencias”⁶⁶.

⁶¹ “IU tras las elecciones”, *MO*, nº55, marzo 1996.

⁶² Una encuesta publicada por *El Mundo* (11-VI-1995) a raíz de las elecciones locales de 1995 señalaba, por ejemplo, que el 66% de los votantes de IU y el 82% de los del PSOE querían pactos entre las dos formaciones para cerrar el paso al PP.

⁶³ Pérez Royo, Fernando: “Nadie puede decir que he sido inflexible”, *MO*, nº593, 25-VII-1990.

⁶⁴ “Entrevista a Fernando Pérez Royo”, *EP*, 7-VIII-1990.

⁶⁵ “CC del PCE”, *MO*, nº546, 12-VII-1989.

⁶⁶ “Los renovadores de IU refuerzan su sector”, *EP*, 16-I-1994.

IU no solo no alcanzó el 15% en 1996, sino que fue incapaz de reelaborar eficazmente su enfoque estratégico y su política de alianzas tras la llegada al poder de Aznar. En un escenario en el que gobernaba el PP, el persistir en la fórmula de las “dos orillas” y en el rechazo a un diálogo constructivo con el PSOE se reveló como una línea estéril que, si bien permitía reivindicar un cierto valor testimonial de conciencia crítica de la izquierda, agudizó las polémicas internas⁶⁷ y acabó reduciendo considerablemente las cuotas electorales de IU –5,7% en las europeas de 1999; 5,4% y 8 escaños en las generales del 2000–. Tomando acto del reflujo, Anguita dejó la secretaría general del PCE en 1998 y, dos años después, también la coordinación federal de la coalición. De todas formas, los esquemas de deslegitimación del PSOE que había desarrollado a lo largo del período aquí estudiado tuvieron una notable influencia posterior.

A este propósito cabe señalar que, con motivo del fallecimiento del “califa rojo”, el 16 de mayo de 2020 Pablo Iglesias ha publicado en su cuenta de Twitter lo siguiente: “Julio Anguita [...] nos indicó el camino que algunos quisimos seguir. No solo se nos va un referente ético, se nos va nuestro mejor referente político”⁶⁸. El hablar de “referente” no ha sido algo circunstancial. Desde 2014 hasta 2019, en efecto, el líder de Podemos ha utilizado contra el PSOE unas fórmulas retóricas y estratégicas que, en buena medida, se han presentado como una reedición, adaptada al contexto post-15M, de las que había elaborado Anguita más de dos décadas antes. Se puede notar, por ejemplo, una perfecta analogía entre el planteamiento de las “dos orillas” y estas palabras pronunciadas por Iglesias en 2017, en la II Asamblea Ciudadana de la formación morada -la llamada Vistalegre II-: “No me creo la geografía parlamentaria según la cual el Partido Popular está en la derecha y el Partido Socialista está en la izquierda. Son los representantes del proyecto de las élites”⁶⁹.

Asimismo, especialmente ilustrativo de la influencia anguitiana resulta el discurso con el que el líder de Podemos ha rechazado la investidura de Pedro Sánchez como presidente de Gobierno en marzo de 2016, determinando su fracaso. En aquella ocasión, Iglesias ha recurrido a la distinción entre los “dos PSOE’s”. Por un lado, ha afirmado tener “un enorme respeto por las siglas” del partido de Sánchez, puesto que “representaron hombres y mujeres de talento y dignidad irrepetibles”. Pero, por otro lado, ha subrayado que el PSOE ha sido también el partido “del enriquecimiento rápido”, “del tráfico de influencias” y, en alusión a los GAL, “el partido del crimen de Estado”, añadiendo en este sentido que algunos socialistas “tienen manchado su pasado de cal viva”⁷⁰. Desde el surgimiento de Podemos, con este tipo de discurso Iglesias ha intentado atraer el voto de los que ha definido como los “socialistas de corazón”⁷¹, buscando el ansiado *sorpasso*: *sorpasso* que él tampoco ha conseguido, aunque se ha acercado a ello mucho más que su propio “referente político”⁷².

De todas formas, a partir del otoño de 2019 Unidas Podemos ha dejado de lado la lógica de confrontación con el PSOE y, en enero de 2020, los socialistas y los “herederos” de Anguita han dado vida a un gobierno de coalición. ¿La guerra de las izquierdas españolas ha llegado así a su fin? ¿O se trata solamente de una frágil tregua?

6. Bibliografía

- Anguita, Julio y Andrade, Juan (2015): *Atraco a la memoria*, Madrid, Akal.
- Bizcarrondo, Marta y Elorza, Antonio (1999): *Queridos camaradas*, Barcelona, Planeta.
- Cammarano, Fulvio (2017): “Delegitimation. A Useful Category for Political History”, en *Ricerche di Storia Politica*, special issue, pp. 65-73.
- Cruz, Rafael (1987): *El Partido Comunista de España en la II República*, Madrid, Alianza.
- Donofrio, Andrea (2018): *Érase una vez el eurocomunismo*, Madrid, Tecnos.
- Eley, Geoff (2002): *Forging Democracy*, Oxford, Oxford University Press.
- Forner, Salvador, y Senante, Heidy-Cristina (2019): “La política europea del PCE (1972-1999): del viraje europeísta al euroscepticismo”, en *Historia y Política*, nº41, pp. 335-366.
- Gálvez, Sergio (2018): *La gran huelga general*, Madrid, Siglo XXI.
- Gervasoni, Marco (2013): *La guerra delle sinistre*, Venecia, Marsilio.
- Heywood, Paul (1997): “From Dictatorship to Democracy: Changing Forms of Political Corruption in Spain”, en Della Porta, Donatella y Mény, Yves (eds.): *Democracy and Corruption in Europe*, Londres, Pinter, pp. 65–84.
- Kennedy, Paul (2013): *The Spanish Socialist Party and the Modernisation of Spain*, Manchester, Manchester University Press.
- Kotz, David (2015): *The Rise and Fall of Neoliberal Capitalism*, Cambridge, Harvard University Press.
- León, Guillermo (2018): *Historia de Izquierda Socialista, 1976-1997*, UNED, Tesis doctoral.
- Molinero, Carme e Ysàs, Pere (2017): *De la hegemonía a la autodestrucción*, Barcelona, Crítica.

⁶⁷ En 1997, por ejemplo, el Partido Democrático de la Nueva Izquierda, surgido como evolución de la corriente NI, fue expulsado de IU.

⁶⁸ <https://twitter.com/PabloIglesias/status/1261599501875322880?s=20> (consultado el 1-VI-2020).

⁶⁹ <https://www.youtube.com/watch?v=sOrm14j3MEQ> (consultado el 19-VI-2020).

⁷⁰ <https://www.youtube.com/watch?v=Dp-1IAoMd5I> (consultado el 15-VI-2020).

⁷¹ “Iglesias reclama para Podemos el voto de los socialistas de corazón”, *El Mundo*, 17-V-2015.

⁷² En las generales de 2016, Unidos Podemos –coalición de Podemos e IU– y sus aliados han obtenido 71 diputados, frente a los 85 del PSOE.

- Nieto, Alejandro (1997): *Corrupción en la España democrática*, Barcelona, Ariel.
- Paniagua, Juan y Ramiro, Luis (2003): *Voz, conflicto y salida*, Madrid, Editorial Complutense.
- PCE (1932): *Los socialfascistas en la revolución española*, Barcelona, Edeya.
- Pellicani, Luciano (1979): *Il centauro comunista*, Florencia, Vallecchi.
- Powell, Charles (2001): *España en democracia (1975-2000)*, Barcelona, Plaza y Janés.
- Ramiro, Luis (2004): *Cambio y adaptación en la izquierda*, Madrid, CIS.
- Rodríguez, Gregorio (2013): “El Estado del bienestar en España (1982-1996)”, en Soto, Álvaro y Mateos, Abdón (eds.): *Historia de la época socialista*, Madrid, Sílex, pp. 147-168.
- Ruiz, Marta (2007): *La imagen de los partidos políticos*, Madrid, CIS.
- Rupnik, Jacques (2014): “The world after 1989 and the exhaustion of three cycles”, en ID. (ed.): *1989 as a Political World Event*, Nueva York, Routledge. pp. 7-24.
- Sassoon, Donald (2010): *One Hundred Years of Socialism*, Londres, I.B. Tauris.
- Smith, Rand (2014): *Enemy Brothers*, Lanham, Rowman&Littlefield.
- Treglia, Emanuele (2019): “Contra el nuevo orden mundial. El comunismo español ante la posguerra fría”, en *Pasado y Memoria*, nº19, pp. 127-155.
- Treglia, Emanuele (2020): “Surviving the Collapse. Spanish Communism and the Crisis of the Soviet System (1989-1991)”, en Faraldo, José (ed.), *Collapsed Empires*, Berlín, LIT Verlag, pp. 173-194.
- VV.AA. (1992): *La izquierda y Europa*, Madrid, La Catarata.
- Woodworth, Paddy (2001): *Dirty War, Clean Hands*, Cork, Cork University Press.